

REVISTA DE ESTUDIOS DE LA VIDA LOCAL

AÑO XI

JULIO-AGOSTO 1952

NUM. 64

Necesidad de un Urbanismo humano

Pese a numerosas realizaciones, la evolución de la Arquitectura y de las Bellas Artes en general no ha sido considerada por la crítica y el público con ese interés y respeto necesarios para su comprensión, que no supone un enjuiciamiento, pero lo prepara. También el Urbanismo (esta disciplina tan fundamental para la vida de los pueblos) ha sido tratado, a menudo, como un pariente pobre: apenas tolerado, cuando no obstaculizado.

Efectivamente, en plena alteración de los modos de vida, en pleno cambio de las costumbres, se oye hablar—en el campo urbanístico—de la constitución de *núcleos mixtos*; es decir, de la posibilidad de ordenar las ciudades alternando, en un mismo barrio, casas para ricos y casas para menesterosos, con objeto de aproximar a unos y otros, y habituarlos a contactos hasta hoy tan infrecuentes. Pero estos son pleonasmos arquitectónicos que nuestra cultura no puede admitir. El Urbanismo, por ser humano, profundamente humano, considera que los hombres constituyen una sola clase con distintos niveles: hombres inteligentes y hombres menos favorecidos por la suerte, pero unos y otros tienen idéntico derecho a ser alojados humanamente en ciudades humanas.

En todo caso, la nueva Arquitectura, y más en particular la

Ciencia y el Arte urbanísticos, se encuentran hoy ante una tarea dramática: organizar las casas de los hombres fuera de aquellas aglomeraciones desordenadas, caóticas, en las que se enseñorea la fiebre, la enfermedad; organizar sus funciones, sus necesidades, sus ideales en ciudades verdes, ventiladas, en las que pueda desarrollarse una vida menos materializada, coordinando las necesidades espirituales con perfectos servicios prácticos.

Como en todas las épocas interesantes de la historia del Arte, los urbanistas han de utilizar racionalmente los medios técnicos de que dispongan para resolver del mejor modo los problemas que plantea la atormentada existencia cotidiana del hombre del novecientos. Pero estos propósitos sencillos, que aparecen tan claros, tan fundamentales, son cabalmente el aspecto más combatido y atacado de nuestras aspiraciones. Un programa claro, el programa racionalista, el programa funcionalista, debe imponerse a pesar de las agudas resistencias que encuentra, porque implica la derrota del vivir vegetativo (tantos arcaísmos que frenan el desarrollo de los pueblos) y el logro de una casa sana en una ciudad espiritualmente modificada. No sin horror comprobamos el increíble e infructuoso derroche de buena voluntad a que ha dado lugar la extensión anárquica de las metrópolis. Meditemos sobre el desolador aspecto de zonizaciones arbitrarias, concebidas ruinmente, sin preocupación por el problema de conjunto, la unidad de estilo, la higiene, la estética ni el desarrollo futuro, y esto a despecho del más elemental sentido común. Incoherencia, tristeza, irracionalidad constituyen las características demasiado visibles de muchísimas ciudades de hoy. Imágenes repugnantes de la irresponsabilidad.

El postulado de una ciudad ideal—alojar a hombres sanos en casas sanas—se yergue y reacciona metódicamente contra las deplorables inclinaciones de constructores presurosos. Los funcionalistas europeos han estudiado ya, en múltiples proyectos de realización práctica e inmediata, una síntesis viva de la moderna Urbanística. Recordaré el ejemplo de Amsterdam: los diversos elementos fundamentales de su nuevo Plan de ordenación se han definido con la colaboración de cuarenta urbanistas especializados,

durante tres años de trabajo. Este camino, que es el fructífero, se ha seguido también en el Plan de ordenación de Bruselas—debido al Arquitecto Víctor Bourgeois—y en los de Lieja, Amberes, Berlín, Varsovia, Barcelona, Dessau, Praga, Santander, Gerona, Granada, Oviedo, Valencia, Zaragoza, Toledo, Madrid, Bilbao, San Sebastián, Bogotá, Charleroi, Maubeuge, Utrech, Colonia, Montevideo, Tánger, La Plata y Buenos Aires.

* * *

En opinión nuestra, y de los innovadores europeos de la Arquitectura, después de tantas destrucciones, para llegar a un conocimiento más profundo del fenómeno moderno y urbanístico, se impone la tarea de elaborar algo así como una fotografía general de las ciudades más importantes, a fin de deducir la clasificación de sus diversas zonas: zonas verdes, parques, jardines y plazas públicas; zonas de tugurios, de viviendas pequeñas, medias y de lujo; zonas de establecimientos industriales y comerciales, y así sucesivamente. Para curar a una ciudad, es necesario revelar desde arriba, planimétricamente, su verdadero semblante, su rostro secreto.

Y con esa visión científica será posible prever las reformas, evitar las extensiones ilógicas, presentar el desarrollo futuro de los núcleos con un sentido exacto de la realidad. En suma, cabrá diagnosticar el mal y elegir el remedio más conveniente. Es necesario, pues, aplicar este orden científico y biológico de ideas procediendo a un estudio geográfico de cada región y de cada centro en particular. Y la difusión de los nuevos métodos arquitectónicos habrá de ser facilitada con observaciones precisas en el campo de la etnografía, las cuales servirán de base a provechosas experiencias.

* * *

Pero conviene abrir un paréntesis, para poner en guardia al estudioso europeo contra ciertos procedimientos norteamericanos

que nada tienen de común con nuestras investigaciones. Los funcionalistas europeos no podemos admitir la trepidante, pero también monótona, existencia cotidiana cortada por un patrón único, de uniformidad materialista, que todo lo invade en América; ni aceptar motivos urbanísticos arbitrarios que acabarán por sumir a las metrópolis más tentaculares en un espantoso estado de inercia. No nos hagamos ilusiones; los constructores norteamericanos, en su mayoría (a pesar de ciertos avances de método y de determinados criterios técnicos), no entienden la Arquitectura racional como la debemos entender nosotros, porque le niegan toda importancia cultural.

En los Estados Unidos, la Arquitectura suele estar esclavizada—aún más que entre nosotros—por innumerables fabricantes de productos ambiguos: imitaciones de madera, imitaciones de vidrio, imitaciones de piedra, imitaciones de... todo. La Arquitectura, pobre huérfana abandonada—como llegó a decirme Stamo Papadaki—, no ocupa, a menudo, su verdadero puesto en aquel gran país, a veces generoso, y que, por ser rico, tanto podría hacer por ella. Pero es el país de los Arquitectos sin Arquitectura. Casi todas las obras renovadoras han sido proyectadas y construídas por europeos: Walter Gropius, Marcel Breuer, William Lescaze, Stamo Papadaki, Rafael Soriano, Richard J. Neutra, Peter Pfisterer, Karl Lönberg-Holm, Alfred Clauss, Friedrich Kiesler, William Muschenhsim, Ludwig Mies van der Rohe, Pietro Belluschi, Antonio Heythum, etc., etc. Los industriales presentan periódicamente complicadísimas estadísticas para dar a entender que la vivienda sólo es un artículo de consumo y especulación. Y así, el hombre de la calle posee automóvil, pero no garaje, y vive en una casa prefabricada de madera taladrada.

Por lo general, en América, los Arquitectos no tienen, como nosotros, un estudio de artista y de profesional en ejercicio, sino una oficina comercial, con legión de empleados y contables. Cuando trabajan en colaboración, constituyen una firma, una Sociedad, con sucursales en varias ciudades, con representantes, dependientes y viajantes. Tal espíritu ha llevado al Urbanismo del otro

lado del Atlántico a un estado que no debemos tomar como modelo, pues ha producido ciudades caóticas, cubiertas de humo (por su mala orientación); rascacielos que interceptan la luz, en lugar de difundirla; esa congestión insoluble de la alucinante circulación de Nueva York, barrios obreros sin sol. Porque, entendámoslo bien, el hecho de construir el rascacielos más alto del mundo no quiere decir que se haya resuelto un problema de Arquitectura moderna, ni realizado obra pura, útil y bella.

Baste pensar que los rascacielos de Nueva York sumergen en oscuridad perpetua a algunas calles, que resultan tan insalubres como algunas manzanas demasiado densas. Por otra parte, como hube de decir en otra ocasión, es archisabido que los rascacielos de Nueva York—cuya disposición planimétrica contraria a la lógica no se ajusta a las leyes racionales de la distancia proporcionada a la altura—, por la sombra que proyectan y los remolinos de viento que provocan, han hecho descender en algunos grados la temperatura de aquella zona. En verdad, el único rascacielos realmente moderno, que encaja funcionalmente en las reglas urbanísticas, es el construído para la O. N. U. por Le Corbusier.

Por aumentar la densidad de población en una ciudad—contrariamente al indicado sistema—, se suele dotar a los barrios de zonas verdes y libres. Sin embargo, no se disminuye el número de viviendas en los lugares menos adecuados para ello, y surge, en suma, un estrecho y monstruoso maridaje entre la especulación y la retórica. Sean edificios altos, bajos o medianos, sea cual fuere el número de pisos, en la Urbanística contemporánea las casas deben elevarse en relación con la anchura y amplitud de las calles. Es éste un postulado moral altamente significativo, aunque parezca simplista, para eludir cualquier abstrusa tentativa de desviar las modalidades de nuestros sistemas largamente estudiados; sistemas funcionales y principios del europeísmo que conducen al vivir ciudadano, con reglas estatales de vida. La ingente potencia industrial de los Estados Unidos de América y sus posibilidades infinitas no han impedido que asistamos hoy al derrumbamiento de esa obra fundada exclusivamente sobre uno de los errores más funestos del mundo moderno: la negación o la ignorancia

deliberada de los valores humanos del espíritu y de la civilización mediterránea. Henry Ford, el inventor del trabajo en cadena, el mayor exponente de esa potente industria, ha dicho, en efecto: «Yo no establezco diferencia alguna entre la materia y el espíritu.»

* * *

Sólo mediante la Urbanografía, sólo con el retrato urbanográfico de la ciudad, al que hemos aludido antes, se podrá llegar naturalmente a conocer con exactitud el retrato interno y externo de la casa, a definir con precisión la nueva Arquitectura, sus formas y funciones propias, originales, adecuadas a nuestra sensibilidad artística y lírica, rica en necesidades imponderables. Imponderables necesidades que han de encontrar en los avances racionalistas de una cultura arquitectónica el modo de orientarse por caminos fructíferos que respondan lógicamente a nuestras ansias insatisfechas. Jean Cocteau ha escrito con toda justeza: «*Lorsqu'une oeuvre semble en avance sur son époque, c'est simplement que son époque est en retard sur elle*».

El Urbanismo humano ha de abrir las posibilidades para el desarrollo normal de las dos facetas de la vida del hombre. Por un lado, el reposo, el estudio, la meditación, la intimidad; por otro, el trabajo, la acción, la actividad múltiple para satisfacer las necesidades individuales e individualizadas. Por una parte, las exigencias de la personalidad; por otra, las de la colectividad. Dos polos aparentemente opuestos, que son comunes en la Urbanística funcional. A su armonización ha de llegarse, ciertamente, en el plano de la inteligencia.

Por tanto, en el aspecto general de la ciudad, hoy que la ornamentación inútil debe desaparecer (en cuanto el ornato es la característica de una cultura ya superada, basada únicamente en el trabajo manual), se piensa en sustituir tal ornamentación con formas puras, nacidas de una urbanística pura; formas puras producidas por máquinas *al servicio* del hombre, con tal sentido de la medida y del amor al oficio que pueda crear una belleza perfecta

susceptible de rivalizar con la de los siglos pasados. Bien entendido que en la palabra ornato no incluimos la pintura, ni la escultura, ni la *polimaterica* [escultura y pintura combinada y arquitecturada], que tendrán en la Urbanística y en la Arquitectura funcional una vida renovada y constituirán medios de expresión monumental del arte de construir ciudades. Queremos abandonar los adornos barrocos, que carecen ya de sentido y significado, productos de una mentalidad distinta de la de los hombres de hoy transformados por la máquina.

No es verdad, pues, que la Urbanística funcional haya pensado en matar el Arte, sino en encaminarlo hacia campos de actividad más útiles, en prepararlo para otras reglas, en plegarlo a otros objetivos: aquel, por ejemplo, de buscar volúmenes olímpicos, formas y colores mágicos, en relación con las funciones directrices, la utilidad y los fines de la Urbanística racional. Y, para comprender cuán vastos son los nuevos horizontes de la Urbanística, bastará pensar en las diversas transformaciones estilísticas llevadas a cabo por el antropomorfismo.

En el Urbanismo, en seguida se advierte que las exigencias de la biología son de nuevo comunes a las del arte de construir. Esta inducción nos debe redescubrir el *sentido interpretativo* de la Arquitectura y de la *ciudad metafísica*, de la Arquitectura y de la ciudad de la inteligencia, de la Arquitectura abstracción intelectual. La razón concibe otras proporciones, que los números generadores alejan del ambiente sentimental y simbolista. La Arquitectura y la Urbanística racionales han de prever y determinar las costumbres de una nueva vida en trance de formación. La Urbanística de la razón define los ritmos funcionales de una vida renovada, ligándolos a nuevas estructuras y rompiendo abiertamente con los que no son susceptibles de adaptación natural. La Urbanística de la razón inventa también los sistemas y las formas de las nuevas funciones y la estética general que fija en ellos el pensamiento informador. El espíritu de la Urbanística funcional—con sus anticipaciones y su dinamismo—dispone ese conjunto de formas y fórmulas impulsoras que han de conferir a la propia vida del hombre su total expresión. En la plástica, en la técnica, en

las ciencias, en las artes, en la Arquitectura y en todos los ámbitos superiores de la cultura, incluida la Urbanística, el funcionalismo opera en profundidad y con referencia al porvenir.

Una de las metas esenciales en ese porvenir es el Urbanismo racionalista. Pero la ejecución lógica de un nuevo Plan de ordenación lleva siempre consigo una serie de operaciones características y precisas, ligadas a la Urbanografía, y representativas del esquema ideal que ha de desarrollarse para dotar al propio Urbanismo de auténtica calidad en sus propósitos.

* * *

En el caso de una *ciudad-satélite* obrera, por ejemplo—problema del día en Italia, Suiza, Alemania y España—, la adaptación a las directrices de un Plan general vigente para una Provincia habrá de ajustarse a determinadas orientaciones teóricas nacidas de un pensamiento matemático y profundo, inmune a cualquier reminiscencia superada por el tiempo. El nudo central lo constituye precisamente una cuestión que presenta las mayores dificultades, y en la que debe incluirse uno de los más importantes problemas de actualidad. La expansión de las zonas industriales, que se desarrollan hacia los núcleos suburbanos, según las posibilidades del aspecto altimétrico del terreno y su configuración natural, obliga a pensar en establecer en la periferia de las ciudades—a ejecutar los nuevos Planes de ordenación, según las características administrativas, viarias y logísticas, y con el fin de mejorar las condiciones demográficas—, barrios satélites higiénicos, de carácter económico y popular, con autonomía total o parcial, pero bien enlazados con la ciudad principal y con las diversas zonas industriales y comerciales, disminuyendo así la densidad del centro urbano, ya que una gran densidad de población constituye un grave inconveniente para el desarrollo inmediato y futuro de la ciudad.

Mas si hemos de atenernos estrictamente a la realidad y no construir utopías, por muy hermosas que sean, hay que trazar un programa escalonado, es decir, edificar las parcelas sucesivamente, en serie continua, según las posibilidades financieras y, sobre todo,

según el *nivel de salarios* de los habitantes. Por ello, hay que estudiar con atención todos los datos estadísticos que puedan arrojar luz directa sobre los complejos problemas urbanísticos a resolver. Y, ante todo, analizar la población, la mortalidad media anual (comprendida la de los establecimientos benéficos) a fin de descubrir los defectos que haya que remediar. También será necesario determinar las causas de la morbilidad anual por enfermedades infecciosas, como escarlatina, varicela, fiebre tifoidea, difteria, garratillo, tos ferina, tuberculosis pulmonar, gripe epidémica, meningitis cerebroespinal y oftalmía, para conocer los datos negativos referentes a los núcleos de población.

El estudio de los datos estadísticos deberá extenderse también al examen de las diversas categorías y número de obreros—tanto de la ciudad como de los Municipios de la Provincia—encuadrados en la industria, el comercio y la agricultura (incluidos los pequeños propietarios, cultivadores directos, aparceros y obreros especializados).

Otra operación estadística de primer plano, indispensable al cálculo de presupuestos, precios de las construcciones y alquiler de las viviendas (ningún problema urbanístico puede ser resuelto sobre un déficit inicial o sobre la imposibilidad, por parte del obrero, de satisfacer un alquiler que no se halle en estrecha relación con sus ganancias) será el análisis minucioso de los diversos salarios. Media de los salarios por hora, según las tarifas vigentes en la industria, media mensual de escalas en las categorías del comercio y de la industria, y control de las asignaciones diarias, semanales, bisemanales, quincenales y mensuales para cada persona a cargo de los obreros.

La relación de las viviendas, de los locales actualmente existentes en la ciudad, aclarará el problema urbanístico y confirmará la necesidad de actuar inmediatamente. El coste del terreno (factor importante para los presupuestos) se tendrá muy en cuenta. Los datos obtenidos nos indicarán cuál es el fin urbanístico concreto a perseguir.

En lo referente a criterios de elección de superficies edificables, hay que prever la formación de un patrimonio de solares, para

que el desarrollo del Plan no quede supeditado a eventuales especulaciones privadas. Toda superficie edificable ha de estar enclavada en zona alegre y bien orientada, con buenas perspectivas, próxima a paseos arbolados, parques y centros agrícolas que puedan extenderse sobre terrenos con poco declive, a ser posible con colinas cercanas, con adecuada separación de las calles de tráfico intenso mediante vastas zonas verdes protectoras en armonía con las construcciones extensivas proyectadas. Por supuesto, deben preferirse los lugares ya dotados de agua, luz eléctrica y gas, y próximos a canteras y arenas.

Proyectando estas ciudades satélites, pronto surgirá la necesidad de agrupar cierto número de viviendas en bloques-tipo, de altura, para facilitar su vigilancia y conservación y, sin alterar el carácter amplio de los barrios, abrir campos de juego y de descanso en las inmediaciones de los edificios. Hay que tener presente que en Italia, por ejemplo, el 60 por 100 de la demanda es de casas colectivas de alquiler, las cuales resultan también proporcionalmente menos costosas para las clases medias y modestas.

El trazado de calles y la formación de parcelas de una nueva ciudad-satélite deberán inspirarse en normas racionales. Así, en la formación de las zonas edificables habrá de ser objeto del mayor cuidado una clasificación precisa de las calles, para evitar sobra o escasez de superficie, facilitando el acceso a los barrios satélites por un eje fundamental Este-Oeste. Se asignará anchura limitada a las calles secundarias, y éstas servirán únicamente para las necesidades de las viviendas, mientras la arteria principal de tránsito, de doble pista, enlazará la carretera con los barrios a través de una gran plaza de empalme.

Estos trazados, que entrarán en la red viaria de los Planes ordenadores de extensión, correrán a cargo de los Municipios. Lo mismo que la sistematización de zonas verdes de uso público, y las de carácter deportivo y reposo que hayan de complementar las ya existentes. Por otra parte, los Planes de extensión deberán prever una ordenación de los elementos y líneas del tráfico local (incluidas las vías lacustres, fluviales, marítimas y aéreas), teniendo presente no sólo la necesidad de enlazar y aproximar a la ciudad los Mu-

nicipios más importantes, sino también la de dotar a las zonas de extensión de medios aptos para satisfacer las exigencias de los habitantes, con vistas a una descentralización residencial que se prevé para las ciudades futuras.

Para emplazar las calles secundarias y los cuerpos de fábrica de los edificios se procurará escoger la orientación más favorable en la localidad, incluso desde el punto de vista panorámico, siguiendo el eje heliotérmico Norte-Sur, a fin de suprimir por completo la exposición al Norte, orientando las fachadas a levante y poniente, con lo que los edificios dispondrán de cuartos habitables por ambos lados: Este y Oeste.

En cuanto al tipo de construcciones en ciudades de importancia media, y dando por supuesto su carácter industrial, comercial o turístico, los barrios satélites—por obvias razones económicas y exigencias del clima—serán zonizados en dos tipos de edificación: una, dispersa, alineada en serie continua, con una o dos plantas, distantes entre sí 22 metros; otra, con tipos altos en serie continua, formando bloques de seis pisos, con corredores exteriores, y distantes uno de otro 52 metros. Con lo que se acomodarán a las condiciones de los futuros habitantes, y se contribuirá a descongestionar los grandes centros, favoreciendo la vida al aire libre.

Es indispensable un sistema de jardines anejos a las viviendas. En la fachada Este, en las construcciones bajas, se dejará una faja de terreno de cinco metros de profundidad para la creación de pequeños jardines y para lograr el máximo alejamiento de la calzada; mientras el terreno más amplio, de 11 metros, que quede frente a la fachada Oeste, se dividirá en parcelas correspondientes al número de viviendas (mínimo de parcelas: una por casa; máximo, dos).

Y como los criterios de construcción de las ciudades-satélites deben inspirarse en los métodos funcionales, en los nuevos barrios, por lógica razón de economía, se estudiará la unificación de secciones en las calles, la parcelación, las instalaciones de uso público colectivo, los tipos de casas y viviendas, los materiales, los métodos de construcción y los materiales tipificados en serie: ladrillos, conglomerados simples, piedras y cementos, escaleras, buhardillas,

pavimentos, paredes, ventanas, puertas, persianas, antepechos y accesorios sanitarios; todo ello para ajustarse a las necesidades funcionales autárquicas determinadas, que condenan precisamente todo despilfarro que pudiera redundar en daño de la belleza de los edificios y del bienestar de sus futuros habitantes.

La iluminación y ventilación de las habitaciones han de ser objeto del mayor cuidado. Para conseguir una buena renovación de aire en el interior de las viviendas y para responder a las condiciones paisajistas de la localidad, se estudiarán amplios ventanales, con sistema independiente, que pondrán en comunicación el aire de las dos fachadas. Alineados los edificios, y en parte con corredores exteriores, se logrará una ventilación completa aun en las viviendas que tengan sólo dos habitaciones. Además, un sistema de aberturas verticales especialmente dispuestas en cada habitación facilitará la ventilación constante de todas las viviendas. Con este tipo de ventana, la difusión de la luz será racional y quedarán eliminados los excesivos esfuerzos fisiológicos de adaptación, tan nocivos a los ojos, que deben funcionar dentro de los límites de una visibilidad normal. La defensa frente a las temperaturas extremas estará garantizada orientando al Este las piezas principales de las viviendas. Ampliamente iluminada, ventilada y protegida, la caja de la escalera se proyectará abierta, para ahorrar ingentes gastos de cristalerías y de conservación.

En el estudio planimétrico de las viviendas, y en la distribución de las diversas piezas, se hará prevalecer el elemento *espaciosidad*, porque razones económicas y constructivas aconsejan obtener el máximo aprovechamiento del terreno, reducir las superficies cubiertas y aumentar la altura de algunas edificaciones típicas.

En todo bloque de edificación de altura, con corredores exteriores, éstos se proyectarán a dos niveles distintos, para resguardar de la vista de quien transite por el corredor los servicios que a él tengan luces, y cuyas ventanas tendrán 1,80 metros de altura de umbral sobre el plano inferior del corredor de tránsito, y una anchura de un metro. Tal sistema de corredores exteriores, o caminos elevados, se instalará procurando evitar aglomeraciones excesivas en cada una de las escaleras.

La sujeción a los principios urbanísticos prefijados impone recabar a modo de fiscalización, en todo proyecto de ciudad-satélite, las medidas exteriores e interiores con precisión absoluta; datos estadísticos sobre las características dimensionales y económicas de los edificios a construir. Para las medidas exteriores, se tomarán en cuenta los índices de aprovechamiento de cada edificio en particular, en lo referente a número de pisos, habitaciones efectivas, habitaciones teóricas, superficie total cubierta, volumen total de edificación, áreas total y libre de terreno, índice o grado de edificación, densidad absoluta, terreno necesario por metro cuadrado cubierto, superficie total cubierta por habitación media, terreno necesario por habitación, densidad relativa y espaciosidad. Para las medidas interiores, habrá que tomar en cuenta los siguientes datos métricos sobre vivienda en cada bloque de edificios: número de viviendas, coste medio de la vivienda, superficie total conjunta habitable; superficie absorbida por paredes, escaleras, terrazas y corredores exteriores; superficie útil media por vivienda, superficie útil media de los espacios de desahogo y destinados a servicios, y porcentaje de éstos.

Todas estas operaciones y normas no son, en realidad, tan complicadas y abstrusas, pesadas y áridas como parece. Indispensables para permitir la realización eficaz del gran sueño urbanístico, se convierten en materia ágil y apasionante para quien las sepa llevar a cabo. Constituyen el esqueleto, la anatomía viva de una disciplina y un arte que desembocan en el arte de construir la ciudad, en el arte urbanístico racional.

o • *

Un cambio radical en la táctica urbanística y mediterránea se ha manifestado también en España. Este país vuestro, país maravilloso y viril, cuenta asimismo con urbanistas competentes. Francisco Prieto-Moreno, Director General de Arquitectura y autor significado—con Pedro Bidagor Lasarte, Manuel Muñoz Monasterio y Rodolfo García Pablos—de un bellissimo Plan de ordenación de Tánger; José Luis Sert, cuyos conceptos están fundados en la escala humana, el respeto al campo y la eliminación progresiva de

la metrópoli tentacular ; Gabriel Alomar Esteve, el distinguido autor de la reforma de Palma de Mallorca, quien, con su teoría del Urbanismo humanista, coloca como principal objetivo de la técnica moderna la creación de ciudades humanas en que los derechos espirituales y físicos del hombre sean salvaguardados y representen la razón principal y la finalidad esencial de todos los esfuerzos productivos ; Angel Hernández Morales, eficazísimo modelador del futuro Santander ; Manuel Baldrich Tibáu, el joven Director de la Oficina Técnica de la Comisión Superior de Ordenación Urbana de la Provincia de Barcelona, quien ha estudiado, con clara modernidad, los nuevos Planes de ordenación de algunas comarcas de Cataluña ; Juan Margarit Serradell, ordenador de la nueva Girona. Y otros. Pero, especialmente, Pedro Bidagor Lasarte, el Jefe nacional del Urbanismo español, el distinguidísimo animador del Gran Madrid, del Gran Bilbao, de San Sebastián y de tantos otros Planes de ordenación realmente prometedores. Y gracias a vosotros, queridísimos colegas, el Urbanismo está llegando a significar el desarrollo del espíritu y del individuo.

* * *

Por desgracia, aun hoy, en Europa, a despecho de las nuevas perspectivas urbanísticas, se construyen macizos y pavorosos edificios que visten su sustancial pobreza con paramentós retóricos y con un marco de falsa riqueza. Se colocan bien visibles revestimientos de mármol, para demostrar que el edificio cuesta caro, que posee mucha solidez aparente y que, por ello, vale mucho. Muros, pilastras, derroche de materiales, de trabajo, de tiempo, de dinero. Y todo esto, bajo el nombre de modernismo. Para elogiar la calidad de una construcción o de una ciudad, se dice que se ha hecho sin reparar en gastos, a la antigua, a la romana. Economía supone obstáculo y especulación. Antigüedad y romanidad, en este caso, sólo ocultan el fraude moral. Y estas obras no permanecerán, porque tras pocos años, a los ojos de todos, serán esqueletos inútiles cuyo derribo se imponga.

En nuestros tiempos, no se concibe ya la difusión de la cultura

arquitectónica sin el concurso de la Urbanística. Las enseñanzas más hábiles encuentran serias dificultades para facilitar la comprensión de las nuevas teorías constructivas y sus principios, si no van estrechamente enlazadas con los conocimientos científicos y artísticos del Urbanismo funcional.

ALBERTO SARTORIS

Profesor del *Atelier-Ecole d'Architecture de Lausanna*.
Profesor de Historia del Arte en la Universidad popular de Lausanna.